

RIQUEZAS DE LA LITURGIA

Prefacio I del tiempo pascual

El misterio pascual

Manuel Garrido Bonaño, OSB (†)*

El Misal trae cinco prefacios para el tiempo pascual. En esta ocasión solo tratamos del primero, que aparece en el Sacramentario Gelasiano del siglo VIII, cuyo códice se encuentra en el Vaticano. De todos los prefacios del tiempo pascual, este es el que más se ha usado en la liturgia. El texto es el siguiente:

*Porque él (Cristo) es el verdadero Cordero
que quitó el pecado del mundo;
muriendo, destruyó nuestra muerte,
y resucitando, restauró la vida.*

CORDERO PASCUAL

San Juan Bautista vio a Jesús ir hacia él y dijo: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). El Apóstol vuelve a la misma imagen en su Apocalipsis (5,7). Ve en el cielo: «Un cordero de pie. Parecía haber sido inmolado». ¿A qué se refiere esta imagen del cordero para calificar a Jesucristo? ¿Qué nos sugiere?

Se trata de una doble tradición del Antiguo Testamento: la de un hecho institucional, la Pascua, y la de una palabra profética del libro de Isaías. La Pascua es uno de los grandes actos por los que Dios mismo se nos da a conocer y nos revela su designio de amor: la liberación del pueblo judío de los egipcios por medio de la sangre del cordero inmolado y comido como «Pascua» (paso del Señor). Será una noche memorable y será celebrada como fiesta perpetua (Éx 12,2-24).

Dios no nos habla solo con palabras, sino también con actos de su providencia. Este cordero inmolado expresa una realidad oculta en Dios: en su amor eterno nos ha predestinado a ser santos como él mismo, gracias a este cordero sin defecto y sin tacha, designado desde antes de la creación (1 P 1,19). Así, el cordero pascual no fue prescrito a Moisés por Yahvé sino para mejor recordar el verdadero Cordero de Dios que había decidido darnos desde la eternidad.

SIERVO DOLIENTE

Encontramos también una segunda imagen en el oráculo profético bajo el nombre de Isaías. Esta viene dada en el transcurso de la famosa profecía mesiánica sobre el Siervo doliente, que es una de las cumbres de la revelación en el Antiguo Testamento. Aquí vemos toda la teología de la salvación expresada en el tema del cordero conducido al matadero (Is 53).

Cristo es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. El original griego podría traducirse por «toma sobre sí». De hecho así es como Cristo quitó los pecados del mundo: tomándolos sobre sí mismo. Sin cometer pecado alguno, se hizo pecado y maldición, según expresión de san Pablo. La metáfora del cordero sacrificado, que era el modo ordinario de borrar los pecados en la liturgia hebrea, confirma el sentido fundamental de esta imagen cuya plenitud y eficacia solo se encuentra en Cristo. Así, en la pasión que nos salva, Cristo

es ciertamente a la vez sacerdote y víctima, porque entrega su cuerpo al verdugo, porque derrama toda su sangre, como Cordero divino que carga con los pecados del mundo. Tal es la justicia; tal es, pues, el sacrificio agradable a Dios, porque haciendo justicia nos restituye su Amor.

«MURIENDO DESTRUYÓ NUESTRA MUERTE, Y RESUCITANDO RESTAURÓ LA VIDA»

Justamente en el acto en que Cristo acepta y asume la muerte, vence al imperio de Satanás y arranca violentamente a los hombres de su poder. La muerte ha sido absorbida en la victoria, asumida en la victoria de Dios. «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria, dónde está tu aguijón?» (1 Cor 15,54-55). La liturgia lo canta bellamente: «La muerte y la Vida se han batido en un duelo sobrehumano; el Rey de la vida muere; vencedor, vive». Los que mueren en el Señor encuentran la vida eterna. Este es el sentido de muchos textos litúrgicos tanto en Oriente como en Occidente.

En la liturgia oriental se canta: «Es el día de la resurrección: pueblos, irradiemos la alegría de la Pascua del Señor, puesto que Cristo, nuestro Dios, nos ha transportado de la muerte a la vida, de la tierra al cielo, nosotros que cantamos el himno de la victoria...» Hay en este canto como una irrupción de Dios en el mundo. La realidad de Dios desborda sobre la tierra. Por Cristo resucitado irrumpe en el mundo la plenitud inmensa de la alegría divina, de la vida eterna, de la gloria de Dios.

La verdad ahuyenta toda sombra, la luz elimina la noche y la misma economía sacramental se sublima en realidades concretas para el hombre que, por el bautismo, participa en la muerte y resurrección del Señor. «Resucitando, restauró la vida».

* Rescatamos esta colaboración del P. Manuel Garrido en MAGNIFICAT. El autor fue monje benedictino de la Abadía de Santa Cruz (Valle de los Caídos, Madrid). Trabajó como experto en el Concilio Vaticano II, en la redacción de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la Sagrada Liturgia. Fue consultor de la Congregación del Culto Divino y Sacramentos. Su producción en libros y artículos sobre liturgia fue innumerable. Fue entusiasta colaborador iy usuario! desde los inicios de MAGNIFICAT hasta que el Señor lo llamó consigo (14-IX-2013).